

Oh, sagrado banquete

Qué precioso invento el de la Eucaristía. Sólo se le podía ocurrir a Dios mismo. A través de este admirable sacramento queda perpetuado en la historia el único sacrificio de Cristo, realizado una vez para siempre para el perdón de los pecados de todos los hombres. La alianza nueva y eterna sellada en la sangre de Cristo se hace eficazmente presente en cada altar. Dios se ha comprometido con el hombre irreversiblemente y el hombre ha estado a la altura de una propuesta tan desbordante. La Alianza se ha sellado en la carne de Cristo, donde ha quedado anudado para siempre ese admirable intercambio: Dios se ha hecho hombre para que el hombre sea divinizado.

“Nadie come de esta carne sin antes adorarla (...), pecaríamos si no la adoráramos” (san Agustín). Al banquete y a la comida debe precederle y acompañarles la adoración, porque la Eucaristía es Jesucristo vivo y glorioso, el que se entregó a la muerte por nosotros y ha resucitado venciendo a la muerte e inaugurando una nueva vida. Adorar (*proskinesis*) es rendirse de amor ante la divinidad oculta en esta hostia blanca. Adorar (*ad-oris*) es poner mi boca en su boca, y recibir el beso de su amor. Crece de día en día la adoración eucarística entre los fieles. El que descubre que Dios está aquí, se siente atraído suavemente para adorarlo.

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54). Se trata de un banquete de comunión. Jesucristo es el anfitrión y es el alimento, es el pastor y el es pasto. “Oveja perdida ven, que hoy no sólo tu pastor soy, sino tu pasto también” (Góngora). Acoger esta presencia, este don, este alimento nos lleva a limpiar nuestro corazón de todo pecado, para dejar que entre en nosotros el fuego del amor de Cristo. No se puede comer esta carne gloriosa y volver a la antigua vida de pecado. No se puede comer esta carne sacrificada y permanecer insensible ante tantas carencias humanas. La Eucaristía nos lleva a la unión con nuestros hermanos, saltando toda barrera discriminatoria. Los más alejados, los más perdidos, los que viven sin Dios –los pobres- son objeto de esta búsqueda por parte de Jesús. Él nos invita a todos a su mesa para que participemos de sus intereses, para que nos hagamos solidarios de todo hombre que necesita amor. “Oh, sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura. Amén”.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
25.05.2008